

Construcción del vínculo de pareja en la adolescencia

Resumen

La adolescencia representa una etapa de transición donde se establecen patrones relacionales que pueden incidir en la vida adulta. Dados los profundos cambios que ocurren a nivel físico, mental y emocional, se suele ver al adolescente como un actor en crisis, por lo que el abordaje de las diversas situaciones que atraviesan este periodo puede darse bajo parámetros de conflicto. Aquí se busca ampliar esta mirada, para lo cual se realiza un acercamiento a los procesos que se dan en la configuración de los vínculos afectivos, y en los factores que intervienen en la construcción de las relaciones amorosas, teniendo en cuenta los cambios culturales que se han venido presentando, donde los roles establecidos para hombres y mujeres paulatinamente han ido cambiando y reconfigurando las relaciones de pareja. La reflexión presentada se fundamenta en la revisión documental de investigaciones y textos especializados.

Palabras clave: Adolescencia, vínculo, identidad, pareja.

Construction of couple's relationship during the teenage years

Summary

Adolescence represents a transition stage in which the relational patterns that may have an influence in adult life are established. Given the profound changes that happen in a physical, mental, and emotional level, it is usual to see the adolescent as an actor in crisis, and this is why the approach to the diverse situations that go through this period of life, can be done under the parameters of conflict. In here, it is sought to amplify this perspective, for what a close up to the existing processes in the configuration of affective bonds is being done, and also are being observed the elements that intervene in the construction of loving relationships, considering the cultural changes in the established roles for women and men and how they have changed and reshaped couple's relationships. The presented reflection it is based in documental revision of investigations and specialized texts.

Keywords:: Adolescence, bond, identity, couple.

Construcción del vínculo de pareja en la adolescencia

Martha Cecilia Arroyave Gómez

Adolescencia e identidad

La adolescencia como uno de los campos de estudio de la psicología evolutiva se ha definido como un proceso de transición entre la infancia y la edad adulta; el concepto de transición hace referencia al período de cambio, crecimiento y desequilibrio, donde se consolidan y afianzan muchos de los procesos biológicos, sociales y psíquicos iniciados en la niñez: de la inmadurez física, psicológica, social y sexual de la infancia, a la madurez de la vida adulta en estas mismas dimensiones del desarrollo (Vargas y Barrera, 2002). Aquí se estructuran, de manera más clara, pensamientos, actitudes y comportamientos que le permiten al adolescente elaborar la propia realidad, y asumir mayores compromisos y responsabilidades.

Para la Organización Panamericana de la Salud (2010), la adolescencia como periodo de crecimiento y desarrollo humano ocurre entre los 10 y los 19 años, por lo que es importante trazar distinciones en tan amplio lapso.

La adolescencia temprana se da aproximadamente entre los 10 y los 13 o 14 años, donde operan los mayores cambios hormonales propios de la pubertad que, en interacción con diversos factores individuales, familiares y sociales, generan transformaciones tanto en la corporalidad como en la subjetividad. Más o

menos entre los 14-15 y los 16-17 años se presenta la adolescencia media, en la que predominan cambios en la dimensión psicológica, donde las tareas de desarrollo evolutivo se enfocan en la autoafirmación personal y social, caracterizada por una búsqueda de diferenciación de las figuras parentales y la necesidad de identificación con el grupo de pares. Finalmente, la adolescencia tardía se presenta alrededor de los 17-18 años en adelante; acá adquiere relevancia la búsqueda de intimidad, asociada generalmente al establecimiento de relaciones románticas y la inserción al mundo laboral o a la educación superior (Nicholls, 2008; Gaete, 2015).

Si bien lo planteado anteriormente permite situar algunos rasgos comunes a esta etapa, es necesario tener presente que el curso de vida es permeado por el contexto histórico y cultural en el cual transcurre, por lo que los desarrollos tanto biológico y fisiológico como cognitivo, intelectual, psicológico y social descritos, son variables. Por tanto, la adolescencia no puede considerarse como un concepto estable o universal, debido a que las condiciones socioculturales influyen en su significado y construcción social.

Para Erikson (1981), la adolescencia representa un periodo de crisis normativa de la identidad, pero dicha crisis no es vista como una catástrofe, sino como un periodo crucial de alta vulnerabilidad, pero al mismo tiempo de un valioso potencial. En este sentido, Burt (citado en Vargas y Barrera, 2002) plantea que durante mucho tiempo la adolescencia fue considerada como una etapa de la vida que entrañaba conflictos y trastornos, porque exigía el rompimiento de la dependencia de la niñez, y la lucha por alcanzar una identidad adulta independiente.

La adolescencia puede entenderse como la transición de la pubertad a la adultez, donde se comienzan a asumir ciertas tareas y deberes de carácter social, lo cual es moldeado por los cánones que cada cultura posibilita y que la significan contextualmente (Martínez, 2008). En este mismo sentido, León Dávila (2004) plantea que en la configuración de los cambios biológicos propios de la adolescencia —que se pueden considerar universales— participan elementos culturales que varían, y que constituyen las representaciones que cada sociedad construye de ella.

Para lograr con éxito las tareas de desarrollo de la adolescencia, se deben experimentar varios cambios que permitan el logro de un sano balance entre las necesidades de conservar sus relaciones de vinculación y las necesidades de autonomía, lo cual requiere la modificación de los patrones de relación, donde los

amigos adquieren mayor importancia como fuente de información, compañía, apoyo, retroalimentación, y como modelos de comportamiento, mientras que las relaciones con las figuras parentales deben cambiar, transformando las interacciones complementarias en simétricas; esto implica reajustes en la jerarquía y autoridad familiar.

Bowlby (citado en Vargas y Barrera, 2002) se refiere a este proceso con el término de “autonomía vinculada”, la que se logra a través de las relaciones cercanas, referidas a las relaciones con los padres, las relaciones afectivas que se inician en la adolescencia con los amigos y las que ocurren en las relaciones románticas.

Vargas y Barrera (2002) también plantean que la vinculación y la autonomía son procesos interpersonales que forman parte integral de las relaciones a lo largo de todo el ciclo vital, y sufren cambios evolutivos en la adolescencia. Dichos procesos se viven en relación con el contexto familiar y social, y tienen como fin el establecimiento del sentido de identidad. Es decir, durante la adolescencia, además de aprender a establecer nuevos vínculos de amistad y de romance, los jóvenes necesitan llegar a reconocerse como personas únicas, diferentes de los demás, e integrar el concepto que tienen de sí mismos.

Durante la adolescencia, la construcción de la identidad es una tarea fundamental. En este punto Erikson (1981) entiende la identidad como un proceso evolutivo ubicado en el núcleo del individuo y en el núcleo de su entorno; es un proceso que está en desarrollo y cambio constante, influenciado por el contexto y el círculo de personas cercanas. La adolescencia representa una etapa de replanteamiento de la identidad, en la que se modifica la imagen de sí mismo y sus relaciones con quienes le rodean. Esta construcción se da de forma individual, de acuerdo a las condiciones sociales, económicas culturales y de género (Díaz, 2006), y se consolida a partir del establecimiento de las relaciones íntimas; dentro de dicho proceso también se instituye la construcción de la identidad de género, es decir la conciencia sobre ser hombre o mujer, y la facultad de realizar ese juicio acerca de los demás.

La identidad de género se va consolidando dentro del proceso de desarrollo del individuo, a partir de la interacción con su medio, y de las construcciones y representaciones que va estableciendo en dicha interacción, la cual tiene componentes individuales y colectivos significativos que lo integran en la vida social.

En la adolescencia se incrementa la presión social de cumplir con los roles de género asignados por el entorno familiar, escolar y social, por lo que dicha construcción está inserta en un contexto histórico, social y cultural. “La identidad de género se comprende como un proceso dinámico y relacional bajo el cual se incorporan representaciones simbólicas y significados socioculturales asociados a la diferencia sexual” (Fernández, 2012, p. 49).

Construcción del vínculo afectivo de pareja en la adolescencia

La preocupación por las parejas jóvenes se fundamenta en que la adolescencia representa una etapa de transición, donde se establecen patrones relacionales que influirán en posteriores interacciones en la vida adulta. De acuerdo con lo encontrado en la investigación realizada por Sánchez y Oliva (2003), el establecimiento del vínculo afectivo en la adolescencia en una relación amorosa está influenciado por el recuerdo de los vínculos de apego que los adolescentes establecieron con su padre o con su madre. Los resultados evidenciaron que quienes recuerdan relaciones con sus progenitores, basadas en el afecto, la comunicación y la estimulación de la autonomía, son quienes mejores relaciones afectivas desarrollan con sus iguales, tanto en las relaciones de pareja como con los amigos.

Resultados similares se encuentran en la investigación realizada por Delgado y Oliva (2011) en la Facultad de Psicología de la Universidad de Sevilla, en la que se analiza la evolución del apego a los iguales en la adolescencia, en relación con el sexo y el recuerdo de la relación afectiva establecida en la infancia con los padres. El estudio de corte longitudinal contó con una muestra de 90 adolescentes entre los 13, 15, 18 y 22 años, y buscó establecer la conexión entre el tipo de apego construido en la infancia con las figuras parentales, y el establecimiento del vínculo afectivo con los pares. Entre los hallazgos se menciona una conexión significativa entre estas dos variables, ya que las y los adolescentes que recordaron un mayor afecto parental obtuvieron puntuaciones más elevadas en el apego a los iguales, sobre todo en los primeros momentos evolutivos, es decir en la adolescencia inicial y media, que se debilita en la adolescencia tardía.

Los hallazgos de este estudio pueden dar claves acerca de la evolución de las relaciones con los iguales durante la adolescencia y la adultez temprana, periodo en el que “las relaciones con los iguales adquieren gradualmente las cualidades de las relaciones de apego adulto, caracterizadas por la intimidad y el apoyo” (Delgado y Oliva, 2011, p. 162).

La construcción del vínculo afectivo de pareja en la adolescencia está permeado entonces por la influencia familiar, pero igualmente por características culturales y personales del adolescente; dichas influencias se evidencian en la interacción afectiva y amorosa, donde se exteriorizan los diferentes roles de género que han sido construidos durante la socialización primaria y secundaria, que les posibilita en diferentes grados la adquisición de confianza en sí mismos, y de competencias sociales como la intimidad y el apoyo.

La identidad de género en la adolescencia, entendida como el producto de una construcción social interiorizada y vivida tanto por hombres como por mujeres, va tomando diferentes matices a lo largo de la vida personal, influenciada por el ambiente cercano y los fenómenos de transmisión cultural. Como lo plantea Shaw (citado en Tobón et al, 2007), la identidad de género se concreta en los roles construidos e introyectados desde el espacio familiar, y que se consolidan en el intercambio social, los cuales hacen referencia al conjunto de conductas esperadas para un hombre y una mujer en un contexto social determinado.

Por tanto, para comprender la forma en la que ellos y ellas viven sus experiencias amorosas, es necesario visibilizar que las prácticas y conductas que tradicionalmente definieron la identidad masculina y femenina ya no son las mismas; en este sentido, Montesinos (2002) plantea que el contexto cultural actual dificulta en la juventud el proceso de adopción de una identidad de género, ya que se presenta una mezcla entre los rasgos de lo masculino y lo femenino.

Debido a este cambio cultural, como se ha evidenciado en diversas investigaciones (Tobón, Vega y Cuervo, 2012; Madera y Marín, 2006), el rol de género es uno de los elementos que mayor transformación ha presentado en la construcción del vínculo afectivo, dándose giros tanto en el rol masculino como en el femenino, y generando que los adolescentes se la jueguen en esa lucha de estereotipos: hombre machista clásico versus hombre emocional moderno; mujer dependiente y sumisa versus autónoma, libre y decidida. Esto da cuenta de que los roles que antes eran identificados claramente en el establecimiento de una pareja afectiva, parecen reconfigurarse hoy, creando nuevas formas de concebirse en las relaciones vinculares, y nuevas tendencias en las formas de interactuar y resolver los conflictos.

Sin embargo, otras investigaciones dan cuenta de la permanencia de estereotipos de formas de relacionamiento patriarcal, donde al hombre se le asigna el lugar de fuerte, guerrero y racional; y a la mujer de débil, emocional y al cuidado de los demás (Duby y Perrot, 2003). Esto podría explicarse porque los

comportamientos, pensamientos, actitudes y emociones que se comparten en una comunidad, alrededor de los roles de género, forman representaciones colectivas y significados comunes para las personas integrantes de la misma, y pueden leerse como el modo en que la comunidad entiende e interpreta su realidad.

En la investigación realizada sobre las representaciones sociales en la construcción del rol femenino en mujeres adolescentes (Tobón, et al., 2007), se evidencia cómo la toma de iniciativa por parte de las mujeres para tener relaciones sexuales, o para construir un vínculo afectivo desde su propio deseo, es algo reprochable y (según lo expresan las adolescentes) hace que la mujer pierda valor ante los ojos, no solo de los hombres, sino de la sociedad en general. En este sentido, se preserva la representación social que nombra a la mujer como un sujeto que toma importancia en la medida en que acompaña, cuida y se entrega a otros. Igualmente, aunque los hombres asuman posiciones que en otros tiempos fueron llamados femeninos, aún hoy para ellos es importante ubicarse en una posición que reafirme su identidad masculina.

Estos hallazgos sugieren que si bien los roles de género en torno a la construcción del vínculo afectivo de pareja han cambiado, aún se mantienen elementos tradicionales que la cultura y la sociedad valoran de manera importante, dando cuenta de que aunque muchos comportamientos se hayan transformado, persisten las creencias acerca del papel que debe cumplir cada uno en la relación de pareja.

Relaciones amorosas en la adolescencia

Vargas y Barrera (2002) definen las relaciones románticas como una serie de interacciones que ocurren a lo largo del tiempo y que se caracterizan por involucrar a dos individuos que reconocen algún tipo de vínculo entre sí, en la cual existe una atracción basada en la apariencia física, la personalidad, la compatibilidad de intereses o habilidades y la implicación de manifestaciones de compañerismo, intimidad, protección y apoyo.

Por su parte, Laursen y Jensen-Campbell (citados en Vargas y Barrera, 2002) plantean que las relaciones románticas en la adolescencia comparten algunos rasgos con las relaciones de amistad (son recíprocas, horizontales y relativamente igualitarias), y con las relaciones familiares (los compromisos que se adquieren son reconocidos públicamente), pero que, a diferencia de las relaciones de pareja entre adultos, son transitorias, fugaces, menos exclusivas e íntimas.

En la investigación sobre los adolescentes hablando de amor, Madera y Marín (2006) expresan que las primeras experiencias amorosas en adolescentes varones heterosexuales se refieren a encuentros momentáneos, esporádicos, circunstanciales, eventuales y fugaces, que suelen darse en una edad temprana, entre los 11 y los 13 años de edad, y las cuales los adolescentes describen como experiencias momentáneas carentes de compromisos y responsabilidades. Sin embargo, manifiestan que estas experiencias les sirvieron para enriquecer la vida, pudiéndose reconocer como sujetos ante otra persona, y abriendo caminos a un encuentro más significativo y más simbólico. Los elementos arrojados por esta investigación permiten deducir que los adolescentes, luego de sus primeras experiencias amorosas, suelen construir con su pareja vínculos más formales, que enmarcan el encuentro amoroso provisto de compromiso, intimidad, reciprocidad y confianza.

El desarrollo de las relaciones amorosas en la adolescencia generalmente es un proceso gradual de experimentación; este sigue una secuencia que se inicia en las relaciones casuales en la adolescencia temprana, y termina en relaciones mucho más estables y duraderas, lo que generalmente coincide con que el adolescente haya logrado desarrollar ciertas habilidades para interactuar con una pareja, y ampliado su interés hacia la satisfacción de necesidades de intimidad y afiliación.

Una de las formas socialmente aceptadas para validar el vínculo afectivo de pareja es el noviazgo, el cual se ha integrado como una dimensión valiosa en la pareja. El noviazgo es un concepto que se refiere a la experiencia romántica de vinculación, compromiso y apoyo de una pareja, en el marco de un contexto social y cultural. En términos generales, para las y los adolescentes es una relación importante: en el noviazgo encuentran y establecen niveles de intimidad que favorecen el conocimiento de sí mismos y del otro, ayudando en la construcción de una identidad sexual.

Aproximarse al noviazgo implica conocer los sentidos que en la adolescencia se otorgan a las relaciones amorosas. De la investigación realizada en Bogotá sobre las representaciones sociales del noviazgo en adolescentes (Sánchez y Gutiérrez, 2011) se deriva que para estos el noviazgo es una experiencia positiva, a la que le dan un carácter formal, con un vínculo sólido, donde se espera compromiso, exclusividad, sinceridad y apoyo.

De acuerdo a la investigación, el sentimiento más referido por los adolescentes frente al noviazgo es el amor, valorando en el otro la capacidad de dar afecto, y

la sinceridad, más que la apariencia física. Se aprecian la comunicación, el apoyo y el respeto, por encima de lo sexual. Esto coincide con la investigación realizada en Medellín (Madera y Marín, 2006), donde los adolescentes varones mencionan la parte física como un elemento central que los logra enganchar y que los motiva a la hora de iniciar un encuentro con la persona del sexo opuesto; sin embargo, señalan que con el pasar del tiempo y el compartir la experiencia, su compañera adquiere un valor que está ligado a los afectos más que a lo estético.

Cabe señalar, igualmente, que en la adolescencia no siempre se busca tener una experiencia amorosa de compromiso o de noviazgo, lo cual indica que muchas veces estos vínculos se realizan por otras necesidades: pasar un buen momento, socializar, tener compañía sin mayores compromisos, o para obtener experiencia sexual (Madera y Marín, 2006).

Finalmente, es importante indicar que, dadas las características esperadas y deseadas en los roles masculino y femenino en el vínculo afectivo de pareja, algunas investigaciones (Tobón, Vega y Cuervo, 2012; Sánchez y Gutiérrez, 2011) coinciden en afirmar que el noviazgo es vivido y significado de manera diferente por hombres y mujeres. Mientras que las adolescentes buscan en la relación de noviazgo una vía para dar y recibir amor, y una red de apoyo importante ante los problemas de la vida, para los varones, este se constituye en una forma de afianzar su masculinidad.

La actividad sexual en la adolescencia

Es una realidad de los tiempos contemporáneos que los y las jóvenes se inician de modo más precoz en diversos comportamientos que varias décadas atrás se daban en etapas posteriores a la adolescencia; entre estos comportamientos está el inicio de las relaciones sexuales. La actividad sexual la componen todas aquellas expresiones eróticas que se dan entre las personas; aunque en algunas ocasiones estas expresiones hacen parte del juego sexual que precede al coito, para los adolescentes pueden constituir fines por sí mismos, dependiendo de la situación y el momento en el que ocurren (Vargas y Barrera, 2002).

El inicio de la actividad sexual del adolescente también es vivido de manera diferente por los hombres y las mujeres, quienes le atribuyen un significado distinto a la actividad sexual genital. Mientras que para ellos la primera experiencia sexual se constituye en una confirmación de su “normalidad”, y no necesariamente se da con una persona significativa, para las adolescentes su

primera experiencia sexual suele darse por amor con alguien importante emocionalmente (Vargas y Barrera, 2002).

De acuerdo a los hallazgos de la investigación con adolescentes varones (Madera y Marín, 2006), en la interacción de lo masculino y lo femenino se vive una “guerra de sexos”, donde el manejo de poder o de llevar el control de la relación es importante, predominando el rol activo del adolescente varón, lo que se traduce en tomar la iniciativa en el encuentro amoroso, ya que esto les genera tranquilidad, y no amenaza su masculinidad. Por el contrario, cuando la joven es la que toma la iniciativa, es vista como alguien “fácil” y que no genera confianza. Esto da cuenta de la permanencia de estereotipos de género, donde la expresión del deseo sexual por parte de la mujer y la adopción de un papel activo en la relación son vistas con desconfianza, lo que amenaza la constitución del vínculo.

Sin embargo, hay otras investigaciones (Tobón, Vega y Cuervo, 2012) que dan cuenta de que los encuentros sexuales entre adolescentes no necesariamente están inscritos en compromisos o relaciones estables; en muchos casos solo están en el orden del aprender y experimentar, lo cual se favorece con el cambio de los parámetros religiosos, sociales y morales, que años atrás exigían formalizar y nombrar el vínculo afectivo para poder acceder a un contacto físico. Hoy, algunas relaciones de pareja son pasajeras y efímeras, entre las que ya no se concibe de la misma manera la infidelidad como discurso. En la contemporaneidad emergen nuevos modos de relación que implican mayor movilidad (pareja abierta, intercambio de parejas), entre otros.

Lo anterior, es claro, no lo viven de la misma manera las y los jóvenes; la investigación realizada por Gutiérrez (2016) concluye que para los adolescentes entrevistados, el inicio de la vida sexual es una elección que no se vive con cualquiera, y que para vivirla se requiere, en la pareja, atributos como amor, confianza, apoyo y seguridad; señalan que aunque tanto ellos como su relación se transforman luego del inicio de las relaciones sexuales, esta es una dimensión que no puede convertirse en el todo de la misma. En los hallazgos, las y los adolescentes entrevistados reconocen que posterior al inicio de las relaciones sexuales se presentan transformaciones en tres categorías: el apego, la intimidad, y el compromiso. Lo anterior les lleva a prácticas como el cuidado de sí, el cuidado del otro, y conversaciones sobre el futuro.

Con respecto a lo encontrado se puede señalar que contrariamente a lo que socialmente se asume, el interés principal de los jóvenes en sus primeras relaciones románticas no es satisfacer necesidades sexuales, sino necesidades

de otro tipo, asociadas a la construcción de su subjetividad, como encontrar quiénes son, qué tan atractivos resultan para el otro sexo, aprender a interactuar en una relación de pareja e incluso ganar estatus en su grupo de pares. Pero así mismo, es la posibilidad de construir un espacio de amor e intimidad, en una búsqueda de contacto y cercanía que no necesariamente implican compromiso.

Reflexiones finales

Luego de este recorrido por la construcción del vínculo afectivo y la relación amorosa en los y las adolescentes, es importante reflexionar sobre algunos aspectos relacionados con el abordaje de este grupo poblacional, señalando que se requiere cambiar la mirada de la adolescencia como una etapa problemática, ligada a riesgos, que sobreestima los comportamientos negativos, y orientando los programas de intervención solo hacia aspectos problemáticos del adolescente (embarazo no deseado, enfermedades de transmisión sexual, entre otras), lo que limita el reconocimiento de las condiciones que promueven el desarrollo positivo de estos y la orientación de programas con un enfoque integral, incluyendo a su familia y al contexto en el que se desenvuelven.

Como se ha planteado, las relaciones amorosas en la adolescencia conducen a la intimidad, y a la relación subjetiva con un otro que ayuda a configurar la propia identidad, lo que no obvia que los adolescentes vivan fuertes tensiones con respecto a su sexualidad y sus relaciones de pareja, por lo que es imperativo el acompañamiento familiar en la construcción del vínculo afectivo, que promueva la autonomía y la vinculación, a través del establecimiento de una comunicación de confianza y abierta a la expresión del afecto, que se les anime a pensar de manera independiente, al tiempo que se les proporciona respaldo emocional.

Finalmente, cabe señalar que la adolescencia de hoy se enfrenta a una época que se mueve a una velocidad vertiginosa, lo que ha ocasionado grandes transformaciones en aspectos como la identidad de género, los estereotipos y roles de género, con la consecuencia de que la construcción del vínculo afectivo de pareja de los y las adolescentes se realiza desde referentes sociales mutables y diversos, que suscita otros modos de vinculación con límites, permisos y prohibiciones diferentes, por lo que sería pertinente desarrollar procesos investigativos que favorezcan su comprensión, para evitar miradas estigmatizadoras, y generar alternativas para abordar las transformaciones de manera amplia y constructiva.

Referencias bibliográficas

- Dávila, O. (2004). Adolescencia y Juventud: de las nociones a los abordajes. *Última Década* 12(21), 83-104.
- Delgado, I. y Oliva, A. (2011). Apego a los iguales durante la adolescencia y la adultez emergente. *Revista Anales de Psicología* 27(1), 155-163.
- Díaz, J. (2006). Identidad, adolescencia y cultura. *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 11(29), 431-457.
- Duby, G. y Perrot, M. (2003). *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus.
- Erikson, E. (1981). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Fernández, D. (2012). Construcción de la identidad de género en adolescentes chilenas. *Revista de Psicología-Universidad Viña del Mar*, Vol. 2, N.º 1, 46-66.
- Gaete, V. (2015). Adolescent psychosocial development. *Revista Chilena de Pediatría* 86(6), 436-443. Recuperado de: <https://dx.doi.org/10.1016/j.rchipe.2015.07.005>
- Gutiérrez, D. (2016). *Un amor que ya no es de niños: transformaciones en las parejas de novios adolescentes con el inicio de las relaciones sexuales* [investigación de maestría]. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.
- Kimmel, D. y Weiner, I. (1998). *La adolescencia: una transición del desarrollo*. Barcelona: Ariel.
- Madera, L. y Marín, C. (2006). *Ellos hablando de amor: Experiencias amorosas en adolescentes varones*. Medellín, Colombia: trabajo de grado no publicad. Universidad de Antioquia.
- Martínez, J. (2008). Juventud y multitud: aproximaciones para abordar los movimientos juveniles. *Revista Tabula Rasa* (9), 353-370.
- Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad: ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. México: Gedisa.
- Nicholls, E. (2008). De la reconexión emocional al control conductual. *Revista Sistemas Familiares* 24(2), 63-78.
- Organización Panamericana de la Salud. (2010). Estrategia y Plan de Acción Regional sobre los adolescentes y jóvenes, 2010-2018. OPS.
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, I. y Gutiérrez, M. (2011). Representaciones sociales del noviazgo en adolescentes escolarizados de estrato bajo, medio y alto de Bogotá. *Revista Salud Pública* 13(1), 79-88.
- Sánchez, I. y Oliva, A. (2003). Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social* 18(1), 71-86.
- Tobón, J., N. Pérez, N. Patiño y M. Rueda. (2007). *Representaciones sociales sobre la construcción del rol femenino en mujeres adolescentes en el ámbito rural y urbano del Departamento de Antioquia* (trabajo de grado inédito). Universidad CES. Medellín, Colombia.
- Tobón, J., M. Vega y J. Cuervo. (2012). Características de la construcción del vínculo afectivo de pareja en la juventud de Medellín. *Revista CES Psicología* 5(1), 49-64.
- Vargas, E. y Barrera, F. (2002). Adolescencia, relaciones románticas y actividad sexual: una revisión. *Revista Colombiana de Psicología* (11), 115-134.